

Don JAVIER BORDAS, Clérigo

Desde Roma, donde estaba cursando sus estudios de Filosofía en la Universidad Gregoriana, vino a España, junto con don Félix Vivet y otros varios clérigos y coadjutores, a pasar el verano. Llegaron a Barcelona el día 17 de Julio, víspera del Alzamiento, y se dirigieron a Sarriá, en espera de que el señor Inspector les indicara el lugar de su residencia durante el verano.

Don Javier Bordas, al ser expulsados los Salesianos de Sarriá el día 21, se dirigió a casa de un gran amigo de su familia, don José Campón, el cual se apresuró a cursar un telegrama a sus padres, residentes en el pueblecito costero de San Pol, anunciándoles que Javier había llegado y que se hallaba en su casa sin novedad.

Este telegrama tranquilizador llegaba a manos de sus padres el día 23, siendo recibido con la natural alegría; y precisamente, mientras todos se regocijaban por la buena noticia, esperando tenerle pronto entre ellos, el buen Javier volaba al Cielo, acribillado por las balas homicidas.

¿Cómo sucedió la tragedia?

Acogido cariñosamente, como hemos dicho, por la familia Campón, que le consideraba como un hijo, el mismo día 21 volvió a Sarriá para retirar algunos objetos, que, con las prisas de la salida, se había dejado allí al ser expulsados los Salesianos.

El día 22, junto con el señor Campón, fué a Telégrafos, y desde allí expidió el telegrama antes mencionado; por la tarde salieron de nuevo ambos a recorrer las calles de Barcelona, espectáculo que les llenó de angustia y de pavor.

El día 23, por la mañana, no se movió de casa. Por la tarde, habiendo salido el señor Campón a sus asuntos, Javier, a pesar de la advertencia que la señora le hizo de que era peligroso salir de casa, quiso, no obstante, ir a visitar la torre que sus padres tienen en la barriada de Horta, torre que había ofrecido como residencia a algunos salesianos, creyendo que en aquel lugar apartado podrían estar seguros.

¿Qué sucedió allí? Nadie ha podido dar razón de ello.

He aquí lo que refiere el señor Campón:

"En vista de que eran ya las diez de la noche y Javier aun no había regresado, salí en su busca. Los milicianos, que patrullaban por la calle Salmerón, me preguntaron a dónde iba, y al responderles que a la carretera de la Rabas-

sada, me dijeron que era muy peligroso aquel paraje para los que por allí transitaban.

En efecto, era uno de los lugares preferidos para los trágicos "paseitos". Hube, pues, de volver atrás. Al día siguiente, 24, a las seis de la mañana, me encaminé de nuevo allí, y una vez llegado a la "Casa de Madera" —nombre de la finca—, pregunté al colono si había visto a Javier. Me dijo que no. Más tarde se ha sabido que no sólo le vió, sino que incluso le había rechazado, impidiéndole la entrada en su casa, y que los hijos del colono habían visto su cadáver en la cuneta de la carretera.

Regresé a casa, y durante varios días me dediqué a recorrer los depósitos de cadáveres de los distintos hospitales y cementerios; pero sin hallarlo en ninguna parte, hasta que, por fin, el día 29 apareció expuesta su fotografía en el Hospital Clínico."

Hasta aquí el señor Campón.

"La Vanguardia" del día 25 publicaba la siguiente gaceta:

"Ayer se dió cuenta al juzgado de guardia de que en Horta había sido encontrado muerto un joven de unos veinte años, a consecuencia de los sucesos del domingo y que presentaba heridas por arma de fuego." (Sigue la relación de otros hallazgos semejantes, y termina:)

"Estos cadáveres fueron trasladados al depósito judicial."

El periódico se equivoca al considerar a Javier como víctima de los sucesos del "pasado domingo". No; había pasado ya casi una semana. La sangre de Javier estaba aún fresca al ingresar su cadáver en el depósito judicial. No fué víctima de los sucesos, sino de un asesinato cobarde, realizado tan sólo por su condición de religioso.

Su ficha está redactada en los siguientes términos:

3912. Ingresa el 24, a las doce. Un hombre de unos veinticinco años, pantalón oscuro, americana clara. Lleva lentes. Presenta heridas de arma de fuego en el tórax y cabeza. Diagnóstico: Hemorragia interna traumática.

Así se daba cuenta en los periódicos de aquellos días, con un cinismo y una falta de decoro que asombra, de los infames asesinatos que durante varios meses llenaron de terror al mundo entero; asesinatos perpetrados a sangre fría, sin proceso alguno, sin más móvil, en este caso, que el odio a la Religión, pues Javier llevaba el pasaporte expedido en Italia en el cual constaba su condición de religioso salesiano.